

una manera u otra, antes que el país pueda emprender su marcha hacia su destino manifiesto. Ni el gobierno ni el pueblo de los Estados Unidos tienen motivos para guerrear con el pueblo mexicano, ni el pueblo mexicano puede lógicamente pelear contra nosotros. Las condiciones en México bajo Díaz garantían una prosperidad ficticia limitada a unos pocos privilegiados, y er ipso facto por ser ficticia, necesariamente transitoria. La causa subyacente de intranquilidad en México, siempre ha sido la lucha por las tierras. La aristocracia terrateniente, que originalmente obtuvo control de vastas extensiones de tierras a virtud de concesiones de la Corona de España, en el curso de los años subsiguientes, por coacción, absorción, engaños, o métodos de fuerzas tan característicos como habituales allí, invariablemente contando con la complicidad de los sucesivos gobiernos, ha continuado despojando a los pequeños dueños de tierras, creando haciendas feudales donde el pueblo es siervo.

“Estos procedimientos, eran favorecidos por la adopción de una ley general que legalizaba la incautación de toda tierra no asegurada por un título conforme con tan numerosas y mañosas provisiones comprendidas en una ley que hizo posible a la aristocracia terrateniente anular a su antojo los títulos de propiedades que ambicionaba.

“Hacienda tras hacienda pasó a manos de los señores feudales, y los antiguos dueños infelices se veían obligados a laborar en condiciones impuestas por sus despojadores y prácticamente como esclavos, en las mismas tierras que habían sido de ellos.

“Afortunadamente para los peones, y en mala hora para él mismo, Díaz estableció un sistema de educación popular. El dijo, después de su caída, que había creado el instrumento que lo destruyó, o sea la instrucción gratuita en las masas. (1).

(1) El Presidente Wilson ha sido mal informado en este respecto. Jamás el General Díaz se preocupó de instruir a nuestros indios. En nuestros quince millones de habitantes, las estadísticas oficiales acusan diez millones de anal-

“Ese sistema era incompleto y defectuoso, pero, aún así, la educación parcial adquirida por reducido número de peones, fué suficiente para que los agitadores provocaran revoluciones, no por mando ni privilegios, sino por el pedazo de tierra donde cada hijo del pueblo tenga derecho al pan ganado con el sudor de su frente. Sobrevino la revolución de Madero que culminó en el destierro de Díaz, y luego el asesinato de Madero y la incautación del poder por Huerta.

“La actual revolución es, esencialmente, una revolución de los peones por recobrar sus tierras. Hasta cierto grado, la situación en México es análoga a la de Francia en 1784; hay muchas diferencias, pero la situación básica es la misma.

“Desde que Huerta asumió el poder, yo decidí no reconocer su gobierno, y en esa actitud he permanecido inmovible. Sin embargo, durante meses, me he venido dando cuenta que allí se iba desarrollando una situación que me obligaría a proceder enérgicamente, no contra México, sino contra el sedicente gobierno de México, simbolizado por Huerta; comprendiendo que sobrevendría un estado de cosas tan crítico, como el que motivó la mediación de Argentina, Brasil y Chile.

“Naturalmente, esa situación es difícil, por tratarse de elementos fuera de nuestro control y de nuestro territorio; en cuestiones domésticas, todos los elementos

fabetos, es decir, la misma proporción que el dictador recibió del gobierno anterior y si ha podido mantenerse, ello es debido en buena parte a las escuelas parroquiales que no reciben del gobierno subsidio alguno. Por otra parte, debe observarse que la revolución ha tomado mayor incremento precisamente en las zonas más iletradas, como Morelos, Guerrero, Sonora y Sinaloa.

Véase lo que dice un autor sobre este capítulo:

“Durante los treinta y cinco años de su gobierno, el General Díaz, árbitro único de nuestros destinos, gastó más de dos mil millones de pesos sin que jamás se le conociera el menor impulso de mejorar la condición de nuestros Indios, y sí permitió, en cambio, que se les despojara, se les alcoholizara y se les dañara por mil medios. La Historia recogerá esta irrefutable verdad para dar al General Díaz el lugar que en justicia le corresponde, pero nosotros debemos reconocer desde luego que el gobierno de la Revolución recibió de la Dictadura una terrible herencia”. (N. del T).

están a nuestra vista y pueden considerarse fácilmente. pero hé aquí una complicación en país extraño que nos obligaba a esperar y observar los acontecimientos; bien sabía que algo decisivo acontecería, que eso era inevitable, y lo más que esperaba era que no ocurriera una gran calamidad. En efecto, ocurrió el incidente de Tampico.

"Llegó el momento psicológico, según la frase manoseada; no fué un desastre accidental como la voladura del Maine, sino el climax de una serie de insultos a nuestros ciudadanos y a nuestra bandera.

"Ejercer funciones de policía en México no es cosa que me agrada ni propia de un pueblo grande como el nuestro. Nuestro deber es más elevado; si vamos allí para restaurar el orden y nos retiramos inmediatamente, evitando una repetición de un conflicto similar al que existe ahora, mejor sería no ir en absoluto. Lo que debemos hacer y espero conseguir es, primero, demostrar al mundo que nuestra amistad para con México es desinteresada, en cuanto a lo que ella pueda contribuir a nuestro engrandecimiento, y, segundo, probarle al mundo que la Doctrina de Monroe no es, como se cree en muchas naciones, hasta en algunas de este hemisferio, meramente un pretexto nuestro para adueñarnos de territorio.

"Creo que se ha presentado una oportunidad para convencer al mundo que los Estados Unidos no sólo son humanos sino humanitarios; que no estamos inspirados por otros móviles que el mejoramiento de las condiciones de nuestros desgraciados vecinos y por deseos sinceros de adelantar la causa de la humanidad.

"La situación creada en México es intolerable; allí se requiere como guía la mano de nuestra nación, la más poderosa de este continente, para que, apelando al derecho y la justicia, al amor de orden y las esperanzas de paz y prosperidad, devolvamos ese pueblo desgarrado por opresiones gubernativas y discordias fraternales al bienestar y la civilización. Debemos dar una lección objetiva al mundo; lección práctica que convenza a los es-

cépticos que nuestra patria es capaz de hacerse superior a las consideraciones de poder adicional, y que puede desdeñar la ocasión para aumentarse territorialmente; un ejemplo a nuestro mismo pueblo, digno de imitarse en el futuro, de que sus gobernantes se aprestan a fungir como amigos del pueblo mexicano, sin otra idea, que la idea y el ideal de ayudarlo a arreglar sus diferencias, ponerlo en camino de la paz y nueva prosperidad, dejándolo luego para que labre por sí su propio destino, si bien no cesando de vigilarlo, e insistiendo en que acepten nuestros buenos servicios cada vez que se desvíe del sendero que debe proseguir.

"Yo no he tratado de prever el resultado de la mediación por las tres repúblicas hermanas; quiero creer que tenga éxito.

"En todo caso, nuestro deber en México está claramente indicado, y si es posible restaurar el orden pacíficamente y reorganizar un gobierno constitucional allí, eso facilitaría a nosotros la reorganización interior y económica de México.

"Cuando termine nuestra obra allí, no reclamaremos una pulgada de territorio ni un centavo en dinero, excepto, desde luego, las reclamaciones justas individuales de ciudadanos americanos—nacionalmente, no pediremos ninguna indemnización, demostrando así al mundo entero que la Doctrina de Monroe significa amistad desinteresada para con nuestros vecinos, y que nos impulsan móviles de alta humanidad, concepto legítimo de deber y responsabilidad, y firme determinación de que la libertad y la justicia prevalezcan en este hemisferio.

"Se me objeta que los mexicanos no están aptos para el self-government, y yo respondo que bien dirigido no hay pueblo que no sepa gobernarse bien a sí mismo. El mero hecho que la extensión del sistema de educación pública bajo Díaz creara un atmósfera de ansias de derechos y libertad igualitaria en aquel pueblo, demuestraba aptitud para dignificarse.

"Yo no diré que actualmente los peones mexicanos

se hallen tan aptos para el self-government como otros pueblos de América, por ejemplo el nuestro, pero yo sí mantengo que el expedirles patente de perenne incapacidad, asegurando que nunca podrán regirse en esa forma, es tan malignamente falso como palpablemente absurdo.

"Hace poco mandé publicar el Informe de nuestro Cónsul General Hanna, relatando sus experiencias al entrar el ejército revolucionario en Torreón. Narraba sus aventuras, era un registro de lo que vió, no lo que le contaron. Y la prensa de los Estados Unidos se limitó a reproducir la primera parte del Informe, dando cuenta de emocionantes y sangrientos hechos de armas. No pude menos que sonreír, al darme cuenta de cómo los directores de periódicos pasaron por lo alto los detalles pacíficos y hermosos contenidos en la última parte del despacho. Mr. Hanna expresaba su sorpresa y satisfacción por el tratamiento que dió Villa a los prisioneros federales y habitantes de la ciudad ocupada, prueba que los revolucionarios van guerrearando según las reglas civilizadas, y yo le encargué al Cónsul que me tuviera al corriente de los casos en que los rebeldes demostraran esforzarse por quitarse de encima el estigma de ser bárbaros, alegrándome de que hayan dado pasos tan positivos en sentido de civilización".

Pregunté al Presidente si él insistiría en sus planes de mejoramiento político y agrario en México, a pesar de tener éxito la mediación A. B. C., y me contestó:

"Por supuesto: no es mi propósito, habiendo emprendido esta empresa, retroceder —sería preciso para ello que me lo impidiera una fuerza incontrastable— hasta no quedar satisfecho de que los grandes pero reparables males que aquel pueblo sufre, estén remediados y eliminados. Naturalmente, no serán los Estados Unidos los que repartan las tierras mexicanas equitativamente entre los nativos, porque eso nos reduciría a dictadores en suelo ajeno, pero no descansaremos hasta que ello sea una realidad. Es cuestión grande y compleja la agraria,

pero no dudo que se hallará una solución y que no está lejano el día en que el pueblo mexicano se vea en posesión de su tierra, porque no cabe libertad ni prosperidad en pueblo que no pueda llamar suyo el suelo que su trabajo o su dinero puede comprar.

"Al fin y al cabo, yo venceré a todos los que buscan en México provecho personal, pues mientras yo pueda México será país vedado para dictadores y aventureros".

El Presidente se puso de pie, y acercándose a un inmenso globo terráqueo que había en el salón, dijo, colocando un dedo sobre el lugar representante de México: "es un país maravilloso; contiene todas las ventajas que garantizan la felicidad y prosperidad. ¿No ha notado usted que trazando una línea directa hacia el sud desde New York, se toca la costa occidental, y no la oriental, de Sud América, costeando a Chile, Perú y demás países del Pacífico? Con el Canal de Panamá, esas repúblicas, antes tan remotas, estarán en contacto tan íntimo con nosotros como la América Central".

"Es preciso que convenzamos a nuestros vecinos meridionales de que nuestros intereses y los suyos son idénticos; y que no tenemos ideas ni propósitos de engrandecimiento, que no comprendan la amistad y la prosperidad de los demás pueblos de este hemisferio".

Wilson me extendió la diestra en señal de despedida, y agregó:

"Será una gran cosa el que sirvamos la causa de la humanidad restaurando el orden en México, pero la obra quedaría incompleta, si no colocamos los cimientos que aseguren la libertad y derechos iguales a la tierra, sin los cuales no puede haber felicidad".

Z.

El genial escritor que bajo el pseudónimo de "Attaché" envía de Washington interesantísimas correspondencias al "Mundo" de la Habana, comenta las palabras del Presidente en el siguiente artículo:

"Dentro de las breves líneas que se refieren a la resolución definitiva del problema agrario, está comprendida la idea más atrevida que se le pueda ocurrir a un estadista. Exponerla requiere más valor que Leonidas. Acometer la gran reforma social de México, acabar con las latifundias, devolver al peon sojuzgado sus derechos de hombre, desde fuera, desde la presidencia de una nación vecina, en la que se suponen ambiciones bastardas, es la obra de un superhombre".

Y después de copiar algunos párrafos de ese trascendental discurso que quizá encierra todo el porvenir de México, "Attaché" continúa:

"Esas declaraciones hermosísimas de Wilson han sido hechas, cuando se desatan a su alrededor las pasiones, en medio de la tempestad de censuras que ha producido entre los egoístas de su propio país, entre los políticos, siempre pequeños, siempre ruines, incapaces de comprender siquiera que haya un hombre que piense de esa manera, la convicción de que los Estados Unidos van a México en son de guerra por motivos del más puro altruismo. En el mismo Gabinete, hay quienes desean hacer de esta intervención una guerra de conquista. Los secretarios de la Guerra y la Marina, se impacientan ante el compás de espera de la mediación, y Wilson ha tenido que poner el Ejército y la Marina a las órdenes de su secretario de Estado, que está más de acuerdo con su política.

"Y el Presidente, frente a la tempestad de las pasiones, amotinada parte de la tripulación, oyéndose llamar cerdo por los mismos a quienes quiere salvar, sabiendo que su retrato es quemado por la llamada solidaridad latina sigue impávido, con su entereza incommovible de convencido, con la proa puesta hacia la consecuencia de sus ideales.

"Y ya, en esa misma entrevista lo indica, se dispone a negar también el reconocimiento a Carranza, cuando éste triunfe y sus ejércitos vencedores le coloquen en el Palacio Nacional de México, si no se aviene a establecer

la nueva libertad, el orden nuevo, a que se refirió en sus declaraciones contra la aristocracia de los terratenientes. No acepta un Presidente nuevo; quiere un sistema nuevo.

"No sólo es Wilson un poderoso cerebro y un alma noble. Esta actitud firmísima contra los que le hacen la guerra en su propio país y frente al conflicto extranjero, revela en él un espíritu recto, que no parece fundido en el crisol de las universidades y a la suave luz de las bibliotecas, sino en el fragor de los combates y entre el estampido de los cañones. Su ciencia, sus idealismos, sus soluciones académicas, están respaldadas por una voluntad de hierro.

"Los hombres pequeños no han podido ver en lo que califican como pensamientos utópicos de Wilson, que éste es el único que ha acertado con la solución del problema mexicano, el cual persistirá al través de los tiempos, mientras el peón que conoce ya su fuerza, no vea satisfechas sus aspiraciones y destruidas las latifundias. Y si la osada energía del Presidente americano, que lo arrostra todo, y no le teme a nada, consigue imponer su criterio, reconocerá la historia que los Estados Unidos no han tenido otro hombre como éste, después de Lincoln, porque la paz, la tranquilidad, el próspero desarrollo de México, que por acción refleja beneficia a los Estados Unidos, permanentes, fundadas sobre la satisfacción de las exigencias legítimas del pueblo, darán perenne testimonio de ello.

"No es la solución actual lo que persigue Wilson, es el remedio perdurable, la paz firme en México, la extirpación absoluta del mal revolucionario. Si sus nobles idealismos no le impusiesen la obligación de buscar la raíz del mal, y aplicar en ella el cauterio, podría limitarse, como un presidente vulgar, que se ajustase a los antiguos cánones de la diplomacia europea y americana, a dar su apoyo a "un hombre fuerte", frase que en México quieren decir "un asesino", que se impusiese por

el terror, aunque la revolución estallase en otro momento más vigoroso.

"Si la noble convicción de sus generosas aspiraciones, no le llevase a seguir el camino que emprendió, Wilson habría resistido del mismo modo que no quiso oír los clamores de fuera y de dentro de su país, para que dejara a Huerta ahogar en sangre la revolución, porque sabe que los procedimientos de Porfirio Díaz, triunfantes hace medio siglo, no serían posibles hoy, y que es muy difícil poner el arnés del esclavo al pueblo, después que éste aprende a erguirse ante los que pretenden dominarle. Si los Estados Unidos han de tener paz en la vecindad de su territorio, necesitan, como hicieron en Cuba, acabar la guerra, arrancando de cuajo las causas que la originan.

"El porvenir guarda en sus arcas misteriosas la respuesta a la interrogación que el gesto de Wilson ha trazado en el espacio. Un incidente cualquiera puede cambiar el aspecto de las cosas, imponiendo al Presidente, la necesidad de no seguir por el camino de sabia nobleza que ha emprendido. Pero sea de ello lo que fuere, esta y las venideras generaciones veránse precisadas a reconocer que el ocupante actual de la Casa Blanca es un hombre superior, que se ha adelantado a su época y ha roto los viejos moldes, realizando el milagro de que el cerebro y el corazón, se unen para guiar la mano de la diplomacia, que, antes de su advenimiento, fué siempre garra inconsciente y criminal".

El efecto que el espectáculo de la civilización europea produce en nosotros, criollos de América, es tan contradictorio, tan confuso, que apenas si nos atrevemos a escribir una opinión por temor de tener que rectificarla el día siguiente. No conocemos, en nuestro país, ni la fiebre del bien ni el paroxismo del mal. Comprendemos, en aquel ambiente de fuerzas contrarias en constante acción, que nuestra individualidad es precaria, exigua,

comparada con aquella humanidad de la que cada componente es una fuerza contributiva. Por un lado, crímenes absurdos, extravagantes, y por otra la virtud practicada en su pureza más completa y más discernida, más útil por consiguiente. Pero ¿cuál es la suma del mal y la suma de bien que esta civilización puede presentar en la balanza? Si la dicha está en la libertad, ¿consiste ésta en reducir las necesidades al mínimum y por lo tanto en desdeñar todo invento? O bien, ¿el uso de estos inventos, al imponer nuevas necesidades, emancipa al hombre al complicar su vida? El que se abriga bajo un buen techo y se cubre con buenos vestidos, se libra del calor y del frío; como el que dispone de mullido lecho y completa cocina se libra de muchas enfermedades causadas por la miseria; de la misma manera que el que puede servirse de medios de locomoción fáciles y rápidos, se emancipa, en cierta medida, del espacio y del tiempo. El ideal de la moderna civilización europea parece ser la producción intensa, lo más intensa posible como lo fué, en otro tiempo, el acercamiento a la naturaleza, es decir: la inacción. (1).

Mas si en los ultracivilizados ambientes europeos puede sostenerse en nombre de la simplicidad generadora de dicha, que la civilización, al complicar la existencia y endurecerla por la continuidad de la lucha y la inbecilidad de los atavíos pardosos, sombríos, feos e incó-

(1) Alguien dijo que el francés lucha con la idea, el español con el hombre y el yanqui con la naturaleza. En nuestro tiempo, con los grandes progresos de la ciencia guerrera, habrá que excluir al español puesto que las conquistas no se hacen ya a arcabuzazos. Quedan el francés y el yanqui para conquistar la felicidad humana. (Al reunir el "método" alemán y el "sentido práctico" inglés, este salón democratizado ha superado a sus rivales). El yanqui, con sus casas construidas veinte veces más baratas y calentadas a poco costo, ha realizado un progreso muy positivo; cuando la idea francesa y la acción yanqui puedan, según el sueño de Bjornson, "hacer vestidos con hojas y yerbas, fabricar la seda sin el gusano y la lana sin la oveja, cuando se puedan perforar enormes masas de rocas y obtener rieles con una materia más común que el hierro"; cuando se encuentre una fuerza motriz que no cueste casi nada, los transportes sean casi gratuitos y haya globos dirigibles, entonces quizá, de este progreso intenso, nacerá la felicidad de la humanidad futura.

modos (1) que alejan a los hombres de la verdadera felicidad, y por muchas otras razones, justo es reconocer que si la muralla china ha sido derribada por los nuevos medios de locomoción —“de aviación”, se dirá bien pronto —ningún pueblo que se estanque podrá en el porvenir conservar su independencia. El progreso de México está en la civilización de sus masas indias.

Y esto también es axiomático: ¿quién sería el primero en cosechar los frutos de la ya no digamos civilización sino “desbarbarización” de esas masas? Precisamente aquel que, con el hacendado, se muestra más escéptico si no más refractario a esta teoría: el industrial, el comerciante. ¿Acaso los efectos de la instrucción en los medios indios son diferentes a los obtenidos en los medios europeos, australianos japoneses o yanquis? Ciertamente no. Desde que el hombre se instruye, la manera salvaje, primitiva, de vivir, se le hace insostenible. Aunque haya nacido en las estepas de Siberia o en los montes de Chihuahua, se procura los objetos que ha-

(1) Cómo habrá de reirse de nosotros, allá en las altas regiones siderales, el siniestro guasón que imaginó el primero la tersa albura del almidón bajo la plancha y la docilidad de los botones. En cuanto un hombre llega a su hogar, mientras no tiene más testigo que su discreto espejo, arranca de su cuello el asfixiante estuche que lo oprime y, con un suspiro de felicidad, se emancipa de los cincuenta y seis botones (no hay que sonreír: acabo de contar los míos) que oprimen y torturan sus carnes; si siente frío, se envuelve en una bata de cordón, más horrible aún que sus vestiduras públicas, pero cuya holgura recuerda el amplio pliegue de otras edades.... El moro, bajo su blanda túnica, elegante, emancipado, sí sonríe....

Tomamos de las ovejas la lana que sirve para cubrir nuestros cuerpos. Por las heladas llanuras de Coahuila, cubierto bajo espeso sarape, las he encontrado por los caminos ateridas, muertas de frío, amontonadas unas sobre otras para pasarse un poco de su calor vital que va a congelarse. La implacable tijera de la trasquila había hecho racha en la manada. Bajo mi caliente frasada que me cubría hasta las narices devolviéndome, bendita e calor de mi baho, he sentido remordimientos de ladrón....

Observad este cómico absurdo: la oveja del trópico viste lo mismo que la de las tierras glaciales. Nosotros, civilizados, hacemos voluntariamente lo mismo. Y cuando bañados en sudor, con el pulmón ardiendo, enfermos de insolación y de fatiga pero vestidos con el eterno terno europeo, pasamos por los alrededores de Minatitlán y topamos con un hombre semi-desnudo, torso al aire y muslo al viento, exclamamos con fiero desdén: qué salvaje!

cen su trabajo más fácil, su acción más eficaz, su vida menos penosa, más cómoda. Ahora bien, ¿quién fabrica esos objetos? La industria. ¿Quién los distribuye? El comercio. En el bárbaro marasmo en que nuestros compatriotas —sí, señor “compatriotas”— se encuentran, nuestro Indio es un “no valor” económico, una simple máquina que consume poco aceite, pero a medida que crece su cultura, el Indio, como cualquier otro hombre que tenga boca, vientre y piés, se transforma en un consumidor, un cliente de más en más importante para la industria y el comercio.

Si nuestros grandes terratenientes, alarmados por el Plan de San Luis, que no llegó a cumplirse, no pudieron consolarse de su pérdida influencia con el jefe político en el nuevo orden de cosas tan gallardamente iniciado por Madero; si pudieron en su imprevisión y necio egoísmo encontrar buenas razones para combatirlo, los industriales y comerciantes demostraron su incapacidad de discernimiento y de cálculo. ¿Qué mexicano podrá creer que en pleno centenario, en 1910, la producción y el consumo de su país de cacareado progreso, de grandes palacios, de los famosos sesenta millones de economías después de treinta y cinco años de paz casi absoluta, fueran inferiores a.... Cuba? Téngase en cuenta el número de habitantes: México, quince millones y Cuba dos y medio inclusive veinticinco por ciento de negros puros.

	Importación.	Exportación.
México, pesos oro.....	97.433,000.00	130.023,000.00
Cuba " "	103.676,000.00	150.909,000.00

Puede alegarse que Cuba produce poco de lo que consume, pero la desproporción, de todas maneras es asombrosa: Debe recordarse también que la mitad,

quizá, de la exportación de México, representa metales preciosos.

En esto es México superior a Cuba: en analfabetismo. México cuenta ochenta y cinco por ciento y Cuba... treinta y dos. Este dato completa, explica los otros. Pero mientras el negro "raza inferior" consume tasajo y aun bebe vino y usa bombín y lleva zapato (el jornal medio en este país uniproductor es de un peso oro) el Indio de México come tortilla y frijol, bebe pozole... o aguardiente y ya se sabe como viste.

Los jarochos no ignoran esto. He oído cantar esta copla de Barlovento y nótese sin embargo, que el Estado de Veracruz es uno de los en que por estar ahí la instrucción más difundida, los indios ganan mejores salarios:

El negro de Cuba es libre
Y vive de su jornal,
Sólo el Indio mexicano
Come poco y vive mal,
Vive en un pobre jacal.
Lo pagan con aguardiente
Pa que la raza se acabe.
Lo sabe toda la gente, mi vida,
Toda la gente lo sabe.

Y esta otra:

La guerra se acabará
Cuando acaben los traidores.
Nuestros hijos tendrán pan
Y vendrán tiempos mejores.

¿Es por esto el Indio inferior al negro? Yo he reafirmado en Cuba mi teoría de que el Indio, como el negro no podrá nunca ser elevado al nivel de los demás hombres sino por sus propios hermanos civilizados. Nadie ignora el común origen de nuestros autóctonos con los pieles rojas del Norte. Un apache, un yaqui, se parece tanto a un piel roja como un francés de Reims a un

alemán de Mecklemburgo. Pues bien, así como nuestros indios montañeses del Yaqui, de Zacapoaxtla o de Alica jamás han sido sometidos, tampoco los indios americanos pudieron nunca ser condenados a la esclavitud en cuyos tiempos, los indios, como cualquier yanqui, tuvieron sus esclavos negros y aún se consideraban superiores al blanco, si no por su cultura, asaz rudimentaria también en éstos, por el carácter, el valor y la honestidad de sus costumbres. (1).

Por mi parte, no me cansaré de decir que en cada lugar, de México cada vez que he encontrado un "tipo" de hombre interesante, ha sido siempre un indio que ha aprendido un oficio manual, un comercio, una profesión, y lo más notable, por su rara generalidad, es que casi todos los indios logrados, son perfectos abstinentes. He visto en ciertas comarcas, poblaciones enteras que gracias a la actividad de algún raro benefactor, habiendo alcanzado un rango más elevado que el de sus hermanos, visten mejor, se lavan con más frecuencia, habitan en casas mejor construidas, comen pan y carne, cosen en máquina "Singer", cultivan o se procuran legumbres desconocidas de sus vecinos, usan lámparas de petróleo (en las cercanías de Zamora hay luz eléctrica en los jacales) espejos, paraguas y aun artículos de perfumería,

(1) Un periódico cubano recuerda esta curiosa aventura del General Escobedo:

"Por cierto que es poco conocida una anécdota auténtica de un cacique indio por aquellos días. En México, como en Guatemala y en Chile, hay indios puros que no se han rendido jamás; sus caballos son ágiles y sus ojos son flechas: caen como una avalancha, lancean el aire y desaparecen; a lo lejos se ve, por entre la polvareda, el dorso del jinete, echado sobre el potro, y la línea del monte.

El general Escobedo, el mismo que luego había de prender a Maximiliano en Querétaro, y mandarlo a fusilar más tarde, andaba en apuros por la frontera, y fué a tratar con un cacique libre y pedirle su ayuda contra el emperador austriaco. "¿Y por qué, cacique de dos colores" —le respondió el indio— "me pides que te ayude en una guerra que no es contra mí? Tus blancos trajeron a ese rubio barbón; peleen los blancos. Tú te sometiste; echa a tu amo tú mismo: yo no me sometí, y no tengo amo".

Y esa es, en verdad, el alma de México".

vasos, platos, trinchas de metal, camas de hierro, armarios... He conocido familias que *desde algunos meses solamente* comían sobre una mesa y se sentaban en sillas. A tal punto la fuerza eterna del progreso, aun en países cuyos gobiernos jamás se ocupan de la educación del pueblo, es invasora, incontenible. Los nombres de aquellos raros benefactores, a veces curas, casi siempre—ay! triste es decirlo—extranjeros, son tan desconocidos, tan oscuros, cuan brillantes son los publicistas y políticos que jamás, al cimiento de la verdadera patria, han traído una sola piedra. No, las piedras son para tirárselas a la cabeza a aquellos que se atreven a tratar estas cuestiones. Por eso creo, con Booker T. Washington, que *la distinción de un hombre debe juzgarse por su manera de tratar y de relacionarse con los hombres de una raza menos favorecida y que cuanto más infortunada y abyecta es aquella, más se engrandece el que le presta su apoyo.*

He dicho que la existencia de Moheno ha sido preciosa para los intereses de la Revolución. La manía verbosa de este zambo renegado, unida a su procacidad de leguleyo, si su permanencia en el poder se prolongase, acabaría por obligar al viejo Carranza y los criollos vascos que le rodean (Carranza—valle de Carranza, en Bilbao, minerales de zinc y plomo—Maytorena, Zubáran son nombres tan vascos como Bolívar e Iturbide; los Villa, los Obregón, abundan en Viscaya, y Azcona es vasco-navarro) a formular la situación. "El elemento indio es un constante obstáculo al progreso." ¡Qué procacidad! ¿Acaso ha habido un solo caudillo indio en las últimas revoluciones? Sí: Huerta. ¿Un leader? Sí: Moheno. ¿Y quién los está defendiendo? Todos los federales son indios, como criollo Madero, criollo Mondragón, criollo Reyes, criollo Carranza; criollos o mestizos, Félix, Molina Enríquez, Orozco, Zapata, Vázquez Gómez, Caraveo, Villa, Pani, Campa, Obregón, los tres Villareal, Cabrera, los veinte González, Urueta, Breceda,

Cheché, Natera, Moya, Azcona, Colorado, Carrera Torres, el doctor Silva, Aquiles Serdán, Pino Suárez, Ocón, Angeles, Espinosa de los Monteros, Vasconcelos, Braniff, Gavira, Camerino, Greene, Lozano... Buscad un solo indio en esta ensalada. Huerta, Moheno, Cándido Aguilar, Ché Gómez, accidentes. Los indios han venido a tomar parte en la contienda porque son la masa y la eterna carne de cañón. Tan desorientado, tan inconsciente es Moheno como el más ignorante de sus hermanos chamulas. Los indios van con Carranza porque Carranza les ofrece justicia, y van con Huerta porque Huerta los ha forzado a filas con los revólvers de sus sicarios; pero decir que el pobre Indio "inerte" ha hecho una sola de las revoluciones, es probar mendacidad o espesa ignorancia. Que unos y otros, los unos con la esperanza de redimir a la raza, los otros para mantener, ¡infelices! su servidumbre, están derramando su sangre, es inconcuso; pero, ¿quién los agita? ¿quién los empuja? Esto me hace pensar en una algarrada que leí no sé donde. Un hombre ordena a la mar furiosa: "Detén tu ola!" Y la mar contesta: "Yo no quisiera otra cosa, pero es el viento el que me agita". ¡Pobre Juan condenado a fusilar hermanos por la gloria de Moheno y Huerta! ¡Pobres indios "inertes" arrancados de sus hogares por la brutal violencia de un tirano de su propia sangre! ¡Detener su ola! Ellos no quisieran otra cosa, pero el viento es el revólver del oficial o la palabra del apóstol libertario.

¿Qué mexicano no ha sido testigo de uno de esos inícuos casos de alistamiento forzoso que hacen tembar de horror a los corazones más duros? ¡La leva! Un amigo me escribe de Alvarado, de ese pueblo alegre y rumboso que ni la tiranía de Díaz pudo ensombrecer. Un pequeño grupo de obreros sale de la fábrica, satisfecho de haber ganado su día, contento de regresar al hogar tranquilo. Un cordón de gendarmes los coge en cinta,

al voltear la esquina. Siganla! —¿Porqué? ¿a dónde nos llevan? Salimos del trabajo, pregúntelo a los patrones, ahí en la fábrica; semos hombres honrados... —¡Siganla! y los revólvers salen de sus fundas. Entónces, el más viejo, dice a los gendarmes: Señores, nosotros semos pacíficos, tenemos familia que mantener, déjenos llegar a nuestras casas... —Siganla, —interrumpe el que hace de jefe, —nada de explicaciones. —“Bueno, señor, pues que usted se empeña, iremos, pero como no hay razón... (y uniendo el gesto a la palabra, le clavó al jefe su puñal hasta la cacha). Ahora sí, lléveme, ya soy criminal”. D'Annunzio, Gabriel divino, tu pluma!! ¿A quién condenas, Dios? Alevosos asesinos diazmironianos, ¿qué sería de vosotros el día que la formidable masa india se uniera para hundir, como ese sublime viejo obrero veracruzano, su puñal en vuestra saciada barriga? Entónces sabríamos “que las diferencias que nos dividen sí son obra de nuestra voluntad” y pediríamos a gritos, como Moheno, el auxilio de las naciones. Cuan necesario es, según la implacable palabra del constitucionalista Roberto Pesqueira, “inyectar con nueva sangre pura, rica y regeneradora, las atrofiadas arterias de los hombres del centro, enfermos de pereza, de abyección y de vicios”. ¿La revolución india? También está predicha en el librito varias veces citado en estos apuntes: “El criollo olvida demasiado esa colosal fuerza de diez o quizá más millones de hombres enérgicos, infatigables, que viven de nada, mueren por nada, y hechos al ardor, desmoralizante para otros, de climas con frecuencia mortíferos para los blancos, están listos para encender al país, al primer grito de un vindicador verdaderamente fuerte y audaz, en el fuego de una revolución formidable. Una vez dada la señal de la rebelión, la insurrección india, bien india esta vez, se desarrollaría instantáneamente hasta generalizarse de Chihuahua a Chiapas. La rebelión se propagaría con la rapidz del viento por los inmensos territorios bordados de bosques inextrica-

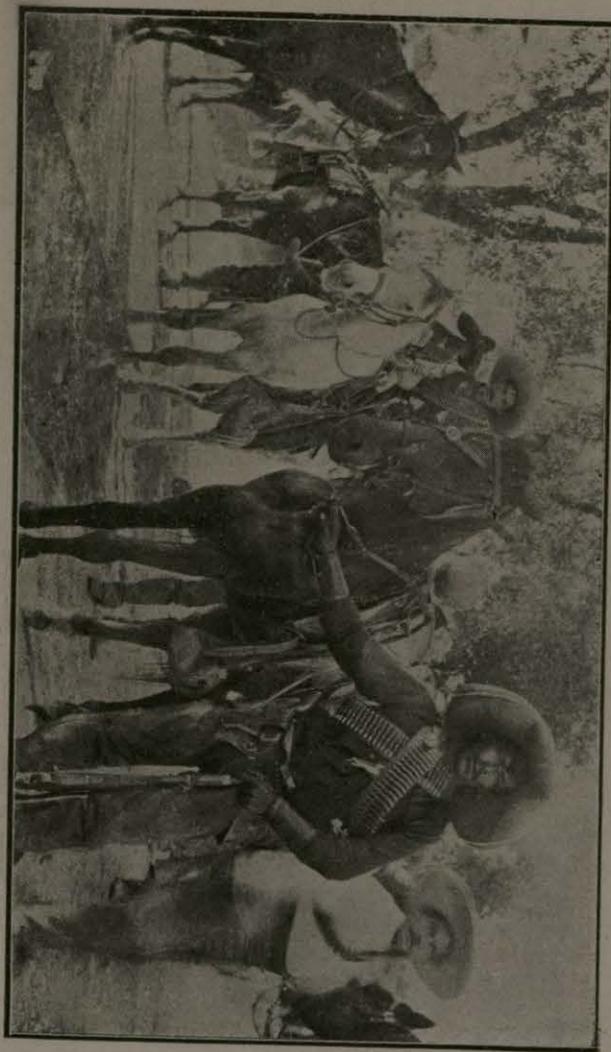
bles y de montañas inaccesibles, etc., etc. (—Piedad para el Indio! 1913).

Hago más esas proféticas palabras. Abrigo la convicción honda de que si los “hombres del Norte” (rara coincidencia: fueron los “hombres del Norte” los que abolieron la esclavitud en los Estados Unidos) si los hombres del Norte no afrontan virilmente los problemas indios, si los “hombres del Norte”, los criollos y mestizos de Chihuahua, de Sonora, de Coahuila, opinan como sus vecinos del meridión americano, que “no hay mejor indio que el indio muerto”, la revolución india, con caudillo indio, con grito indio (¡cuidado! ¡vivan los indios! Este viva suena a muerte) o la intervención americana, son inevitables. Si México no regenera a sus indios, perecerá como nación. Y si los regenera, México será, en dos generaciones, el Japón de América. En nombre del sentido moral de los humildes, ultrajado por la perversidad de los poderosos, Pesqueira lanza a su pueblo después de la traición de Huerta, estas viriles palabras: “¡Pueblo mexicano, reivíndicate o perece! “Reivindicado ese pueblo, los abolicionistas del Norte deben gritar a los esclavistas del Sur: “¡ayúdanos a regenerar a nuestros indios o perezcamos todos!” Y si nó, que venga el yanqui a regenerar o a exterminar. Recordemos las palabras de Washington: “Prefiero ver la tierra cubierta de cadáveres que poblada de esclavos”.

Que se me permita alardear de “viajado” no por vana jactancia, sino para dar mayor autoridad a mi testimonio: Mi piedad por la postergada raza india de México me ha conducido, por natural consecuencia, a la observación de otras razas, pues *no se puede juzgar sin comparar*. Conozco, relativamente, la mentalidad de los franceses, de los alemanes, de los yanquis, de los españoles, de los cubanos, de los negros y sobre todo, de los judíos, que son, estos últimos, en mi sentir y en el sentir de todos los hombres experimentados de todas las razas y de

todas las religiones con quienes conviven, los verdaderos representantes del mal en este planeta, los verdaderos antagonicos de todas las demás razas que lo pueblan. He vivido también con el Indio de México y lo mismo me ha interesado el alcohólico de la mesa central que el abstemiente de Tehuantepec o sobre todo, de ciertas comarcas del Sur y del Oriente. Pues bien, asiento esta conclusión absoluta: ninguna de esas razas es tan casta como la raza india. ¿Qué es lo que hace insoportable al yanqui del Sur la compañía del negro? Lo que él llama su lascivia, pues si bien ejecuta los mismos actos, no con negras como los gallegos de Cuba, cuya predilección es conocida, sino con blancas, cada vez que el ardor del clima despierta en su naturaleza idénticas ideas, si bien cede a los mismos instintos que en el negro tacha de salvajes, su color puede explicar hasta cierto punto esa invencible repulsión. Pero ¿quién ha conocido en nuestros campos un caso de violencia en mujer blanca cometido por indios que casi totalmente los pueblan? Cuando han necesitado nuestros hacendados una ley Lynch para proteger a sus doncellas? Pero la verdadera razón de esa antipatía del yanqui meridional por sus antiguos esclavos, no es otra que su orgullo y su marcada intransigencia, pues bien sabido es que el yanqui no acepta en su sociedad, ni considera definitivamente como su igual sino a aquel que habla su idioma, practica su religión, adopta sus usos y tiene su color. Ahora bien, un negro puede adquirirlo todo, menos el color y esta intransigencia es la verdadera causa, en suma, de los inicuos linchamientos que para vergüenza de la humanidad, aun se practican en aquel país.

He dicho que el Indio es casto. La más púdica nación de cuantas conozco es México y esto se debe no precisamente a la raza española que en Andalucía, en Cuba y otros países españoles se manifiesta sensual y hasta licenciosa, sino a la influencia de sus clases populares. No



hay pueblo corrompido sin sicalipsis. Jamás he visto en México los indecentes prostíbulos de farol de Nueva Orleans, los cinematógrafos de Chicago, las desenfrenadas rumbas criollas o negras de Cuba, la licencia callejera de París, los cafés homosexuales de Berlín o las lúbricas tangadas de la Argentina. Si hay algo que manifieste las relaciones de los sexos y la manera de concebirlas, es el baile, verdadero ritmo de la vida y espejo de las costumbres. La cancanesca pirueta, el vals vertiginoso, la picaresca seguidilla, el complicado y expresivo tango, el afrodisiaco danzón, sin hablar de los bailes orientales, distan mucho de los castos bailes mexicanos. Con excepción de la danza, de origen español, los bailes mexicanos más parecen rituales que eróticos. Las tres razas mexicanas tienen sus tres bailes que revelan a maravilla su idiosincracia. La danza del criollo, lánguida y sentimental, es propicia al platónico noviazgo, preocupación que llena toda la juventud de nuestros criollos. El jarabe mestizo del charro, que ruidosa y violentamente pone en orgullosa evidencia la fuerza muscular de sus piernas de acero, en tanto que la hembra, con los brazos tendidos sobre sus muslos para recoger un solo y pequeño pliegue de su falda, mueve dulcemente sus piés sin descubrirlos y sólo para seguir el ritmo. El Indio, como el mestizo, *tampoco se une* a la compañera, baila su fandango frente a ella, sin sonreír y mirando al suelo, en tanto que al son de la marimba o la guitarra, el cantador entona la canción melancólica y plañidera... ¡Cuántas veces, en mi voluntario destierro he pensado con gravedad y enternecimiento en esta virtud maestra de mi pueblo!

Por mucho que se hable de la ponderación de las costumbres de los europeos y el ardor de los habitantes de los trópicos, conviene decir una vez por todas, que el prurito del goce y la excitabilidad se acusan más en los individuos de raza blanca que en los de raza bronceada. Puede alegarse que esa moralidad, esa gravedad interna en individuos que carecen no obstante, del concepto cristiano sobre las relaciones de los sexos, prueban el